

Monseñor Romero, ahora

■ *Luis Armando González*

Recuperar a Mons. Romero como una figura nacional — como un patriota en el sentido pleno de la expresión—, exige como paso previo desmitificar algunas de las visiones que, sobre su figura y trabajo pastoral, se han venido tejiendo.

Las distorsiones comenzaron en vida de Mons. Romero. Así, en una hoja volante se caracteriza una misa suya —celebrada en la Iglesia María Auxiliadora, el 19 de julio de 1977— como una “misa-mitin” y además se califica al Arzobispo como “agitador profesional” que hace el “cachete a las organizaciones marxistas”.

Todavía hay quienes piensan así; todavía hay quienes aceptan, sin el menor ánimo crítico, esta imagen equivocada de Mons. Romero —fraguada por los sectores más duros de la derecha salvadoreña en los años setenta y ochenta.

Como contrapartida, están los que ven a Monseñor Romero como un hombre ingenuo y de buena fe, a quien se le forzó (por las vías del engaño y la manipulación) a que hiciera cosas y apoyara causas ajenas a su quehacer de pastor.

Monseñor Romero era bueno —dicen—, pero tuvo malas influencias (entre otras las de los jesuitas), las cuales se valieron de su humildad y debilidad de carácter. Por tanto, de lo que se trata ahora es de rescatar a ese Monseñor Romero espiritual; es ese Monseñor Romero el que debe ser canonizado.

Por último, están aquellos que ven al Arzobispo asesinado como un hombre con ideas claras, unívocas, que siempre sabía a qué atenerse o qué decisión tomar. Para éstos, Monseñor Romero es una especie de superhombre, incapaz de titubear o dudar: sus decisiones y opciones las tomó a partir de valoraciones frías y diáfanas de la realidad.

Coherencia, frialdad, claridad y determinación: ¿no son estas acaso virtudes que sólo los santos o los seres humanos extraordinarios pueden tener?

Pese al arraigo de esas visiones de Monseñor Romero, las tres, cada una a su modo, falsean lo que fue su presencia en la realidad histórica salvadoreña. Comencemos con la última de ellas.

Esta olvida una cosa importante: que Monseñor Romero fue un ser humano, extraordinario sí, pero no por no equivocarse o no dudar, sino porque en medio de dudas, equivocaciones y rectificaciones pudo medirle el pulso al país en aquellos años aciagos y tomar decisiones difíciles para él y para la Iglesia.

Su *Diario personal* no deja dudas al respecto: Monseñor Romero no siempre tuvo claridad plena acerca de lo que pasaba en el país o acerca de cuál era la mejor forma de responder ante las distintas coyunturas —sangrientas muchas de ellas— que se presentaban.

Fue un hombre abierto a lo que los demás podían decirle o enseñarle, sobre todo a lo que le podían decir los más pobres de El Salvador.

Y en esto radicó lo extraordinario de él: en haber sido un ser humano cabal, un ser humano que con sus debilidades, titubeos, incertidumbres, pudo, tras buscar incansablemente los “signos de los tiempos”, estar a la altura de las exigencias que planteaba la realidad histórica salvadoreña, responder a lo que el país esperaba de su líder espiritual.

La santidad de Monseñor Romero —lo que de extraordinario hubo en él— no excluye su humanidad —con sus debilidades y desaciertos—, sino que más bien la presupone y exige como algo constitutivo. Ignacio Ellacuría llegó a decir que, con Monseñor Romero, “Dios pasó por El Salvador”, pero con el Monseñor Romero humano, hombre, persona de carne y hueso, con debilidades y virtudes.

Esto nos lleva a la segunda perspectiva: la que insiste en la dimensión espiritual de Monseñor Romero. Según esta lectura, el bueno de Monseñor Romero fue manipulado, dada su debilidad de carácter, por quienes querían imponer sus propios intereses al país y a la Iglesia.

Para quienes ven así las cosas, Monseñor Romero era un ser dócil y sin carácter, que hizo lo que hizo por influencia de otros.

Pues bien, ni su *Diario*, sus *Cartas pastorales* y *Homilias* ni la experiencia que tuvieron con él distintas personas avalan esta visión tan simplista de su figura.

Sin dejar de tener altibajos psicossomáticos —¿quién incluso con menos presiones no los tiene?—, Monseñor Romero fue, en momentos cruciales, una personalidad de carácter, capaz de asumir con determinación, tras haber reflexionado detenidamente, decisiones difíciles y peligrosas.

Un ser dócil y sin carácter no hubiera enfrentado a los militares y a los grupos de poder económico, habida cuenta de los mecanismos de seducción y chantaje de los que éstos quisieron valerse para sumarlo a sus filas o, al menos, para que dejara de ser tan molesto.

Asimismo, sin dejar de escuchar a otros —militares, empresarios, profesionales, políticos, miembros de organizaciones populares, guerrilleros—, Monseñor Romero, tras consultarlo consigo mismo, decidió hacer o decir, por su cuenta y riesgo, lo que a él le parecía correcto.

Aquí su *Diario personal* —ese conjunto de reflexiones cotidianas y pláticas consigo mismo y con Dios que Monseñor Romero hizo desde el 31 de marzo de 1978 hasta el 20 de marzo de 1980— es crucial para entender las encrucijadas en las que se vio envuelto, así como el modo en que fraguó muchas de sus decisiones.

Finalmente, llegamos al primero de los puntos: el que se refiere a la relación de Monseñor Romero con la izquierda armada.

La óptica que hemos expuesto antes —la que identifica a Monseñor Romero con los grupos marxistas— deja de lado —quizás intencionalmente— una sus facetas más sobresalientes: sus críticas y su rechazo a la violencia como medio para resolver los problemas nacionales.

Y ello porque era consciente —como pocos en su tiempo— de que la violencia, al multiplicarse, se convierte en un “espiral de violencia”, del cual los más perjudicados terminan siendo los que no poseen arma alguna para defenderse: los pobres.

Por supuesto que era consciente de que una situación de aguda “violencia represiva” podía arrinconar a determinados sectores de la sociedad a optar por la “violencia revolucionaria”, la cual en cierto modo se explicaba como resultado de aquélla.

Pero eso no significaba para él aceptar o, peor aún, aplaudir las acciones de las organizaciones político-militares.

Incluso al igual que contra la “violencia institucionalizada”, la “violencia represiva” y la “violencia terrorista”, Monseñor Romero criticó y rechazó tajantemente lo que él llamó “violencia fanática”: “esa violencia fanática que casi se hace ‘mística’ o ‘religión’ de algunos grupos o individuos. Endiosan la violencia como fuente única de justicia y la propugnan y practican como método para implantar la justicia en el país. Esta mentalidad patológica hace imposible detener el espiral de violencia y colabora a la polarización extrema de los grupos humanos”.

Por otra parte, aunque Monseñor Romero era consciente del fanatismo al que eran proclives estos grupos —fanatismo que él condenaba—, sabía también de

las razones que los habían llevado a su opción violenta y de lo necesaria que era su participación —al igual que la de los militares, los empresarios y los políticos— en la solución de la problemática nacional.

La relación de Monseñor Romero con la izquierda armada salvadoreña, en la década de los años setenta e inicios de los años ochenta, no fue simple ni unívoca. La tesis de la identificación de Monseñor Romero con los grupos político-militares, con su praxis e ideología, no tiene sustento alguno en la realidad. Tampoco lo tiene la tesis que afirma que Monseñor Romero condenó, sin matiz o consideración alguna, la opción revolucionaria tomada por esos grupos.

Monseñor Romero trató de entender, no justificar, esa opción revolucionaria; no fue ajeno a sus peores implicaciones —el fanatismo, la absolutización de la organización, el temor que despertaba—, pero estaba claro de que la solución (o agudización) de la problemática nacional tenía que ver con el modo en el que esos grupos se fueran perfilando en el escenario socio-político del país.

Monseñor Romero pudo hacer lo que hizo, porque fue un hombre a carta cabal, comprometido con los problemas de su país y consciente del rol que le tocaba jugar en las difíciles circunstancias por las que el mismo atravesaba.

Fue un hombre honrado con la realidad. Ahora que muchos en El Salvador suelen rendir honores a figuras que vivieron para la guerra y para exterminar a otros —como Domingo Monterrosa o Roberto D'Aubuisson— es bueno recordar a quienes vivieron para defender la vida, la paz y la justicia entre los salvadoreños.

Monseñor Romero es figura señera en la defensa de esos valores. Monseñor Romero fue un verdadero patriota, a la vez que fue un verdadero cristiano. Como tal merece ser recordado y celebrado por todos los que en El Salvador y en el mundo creen que vale la pena comprometerse con la defensa de la vida, la convivencia pacífica, el respeto a los demás, la tolerancia y la justicia